

CENTRO SALESIANO DE FORMACIÓN PROFESIONAL

Avda. María Auxiliadora, 12

50100 LA ALMUNIA DE DOÑA GODINA (Zaragoza)



La Almunia de Doña Godina,
Septiembre de 1990

Queridos hermanos:

Con dolor y serena confianza en la bondad del Padre, os queremos comunicar que en la madrugada del 15 de Julio de 1990, exhaló su último suspiro nuestro querido hermano

D. Adolfo Rodríguez Varona

Si el grano no muere...

Eran las 4 de la mañana. A su alrededor estaba Sor Pilar, Sierva de Jesús, que le velaba por las noches, sus hermanas Leonor (Jesuitina) y Anuncia (Salesiana), y todos los hermanos de la Comunidad. Rodeando su lecho llenamos sus últimos momentos rezando y cantando, superponiendo a sus golpes de respiración, cada vez más dificultosos y espaciados, las oraciones de la *Recomendación del alma*, el insistente *ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte* del Rosario, las *Letanías de los Santos y de la Virgen*, la lectura y comentario del artículo 54 de las *Constituciones*. Entonamos también algunos cán-

ticos. Sonaba muy real y verdadera la 2.^a letrilla del *Rendidos...*:

*En las horas de la lucha
sé mi consuelo,
y al dejar esta vida
llévame al cielo.*

Así se nos fue Adolfo a la casa del Padre, como a él le gustaba decir, en la hora pascual del amanecer del domingo, 15 de Julio.

Grano de trigo nacido en buena tierra

Adolfo había nacido el 29 de Agosto de 1924, en Tapia de Villadiego, pequeña aldea de la provincia de Burgos.

Sus padres, Graciliano y Gabriela, fundaron una familia hondamente cristiana. Diez fueron sus hijos, de los que cuatro murieron en temprana edad. De los otros seis, tres abrazaron la vida religiosa: Adolfo, Leonor (la hermana mayor, religiosa Jesuitina) y Anuncia (Hija de M.^a Auxiliadora, misionera en Guinea).

Se distinguieron los padres de Adolfo —dice un testigo—, especialmente durante los 7 primeros años de su matrimonio en que no tuvieron hijos, por su abnegación, trabajo, solidaridad y ayuda a los pobres mendicantes (que siempre eran acogidos en su casa) y familiares necesitados, siendo después correspondidos cuando la madre quedó viuda con ocho hijos de corta edad.

Recordando aquellos primeros años, testifica Leonor: «*Se vivió siempre en un ambiente muy religioso, debido en gran parte a que el padre, además de labrador, era sacristán, organista y brazo derecho del párroco.*»

Al leer las notas biográficas sobre la infancia de Adolfo, escritas por sus hermanas, no puede uno dejar de pensar en ciertos paralelismos con la infancia de D. Bosco:

Huérfano de padre a los pocos años, su infancia queda marcada por la influencia benéfica de santos sacerdotes que lo van ayudando y encaminándolo hacia la meta del sacerdocio.

Fue primero D. Pío, el párroco de Tapia, quien, al morir el padre, recogió a Adolfo en su casa, y allí vivió una larga temporada. Con él aprendió los primeros latines y los oficios de monaguillo y sacristán, «*debiendo hacer esfuerzos* —nos dice un testigo—, *para no quedarse colgado de la cuerda de la campana, pues pesaba más el badajo que Adolfo.*»

Al trasladarse su madre a Burgos capital (1935), Adolfo fue recibido en un pequeño internado dirigido por un celoso sacerdote, D. Valentín. Sus excelentes

dotes musicales empezaron a destacarse en la banda del colegio, de la que formaba parte. Recordaba muchas veces Adolfo cómo recorrían los pueblos cercanos alegrando las fiestas patronales. Hasta que un día, en una gira por Santander, ya en el año 1936, apresaron al sacerdote, lo mataron y dispersaron el grupo de niños. Adolfo se libró de la tragedia porque la madre, adivinando el peligro, se negó rotundamente a dejarle marchar.

Interviene a continuación en su vida otro buen sacerdote, D. Ildefonso, Canónigo Beneficiario de la Catedral de Burgos, Director espiritual de su hermana Leonor. Por su mediación entró Adolfo en el Aspirantado salesiano de Astudillo, donde tomó contacto con la familia de Don Bosco.

Grano de trigo ofrecido a los demás

Hace su primera profesión en Gerona el año 1941 y, después de dos años de estudios filosóficos, realiza el trienio práctico (1943-46) en la casa del Templo del Tibidabo-Barcelona y un año más en Huesca-San Bernardo (1946-47).

En 1947 comienza la teología en Madrid-Carabanchel y la termina en Barcelona, donde es ordenado sacerdote el 24 de Junio de 1951.

Su primer año de sacerdote lo pasa en Barcelona-Sarriá como catequista de la Escuela Profesional. En 1952 la obediencia le destina de nuevo al Tibidabo, para hacerse cargo de la Escolanía. Fueron cuatro años intensos que dejaron honda huella en su recuerdo y en su personalidad y que le dieron merecida fama de buen maestro de coro. Parecía que Adolfo podía convertirse en el Maestro de la Escolanía e ideal organista del Templo *ad vitam*. Pero en 1956 debe dejarlo todo y dar un brusco cambio en su vida: es destinado como capellán militar a Arçila (Marruecos), actividad pastoral atípica que desempeñó durante dos años. Pasa después al Seminario Filosófico de S. Viçens dels Horts. «*Aquí me tienes —escribe en una carta a Leonor— tratando de armonizar las pesetas (que son pocas) con las notas. No sé qué sinfonía saldrá de esa mezcla del arte musical con la prosa del manejo de billetes sucios y las preocupaciones de adquirir patatas, judías... En fin, estoy cumpliendo la obediencia, y el Señor me ayudará y hará que todo redonde en bien de mi alma»* (20-X-58). Sus antiguos alumnos de esta época lo recuerdan como gran maestro de música y ejemplar salesiano.

En 1956 se ha abierto una nueva casa en La Almunia de D.^a Godina (Zaragoza), que pronto adquiere dimensiones interinspectoriales, a donde acuden salesianos coadjutores de toda España. Se convierte así en un importante centro nacional de formación salesiana y técnica. Entre el personal formador, cuidadosamente seleccionado, se piensa en Adolfo, que puede dar impulso y calidad a

la actividad musical y —aunque joven— servir de ejemplar confesor para los formandos. Son los años de apogeo musical de La Almunia, cuando nace la gran Banda y se representan las tradicionales zarzuelas *a toda orquesta*, con las que recorren los teatros de los colegios de Zaragoza, Sádaba...

En La Almunia, a donde llegó el año 1960, pasa el resto de su vida, exceptuados los dos años (1978-80) transcurridos con los estudiantes de Filosofía de Valencia - S. Vicente Ferrer, donde desempeña los cargos de Ecónomo de la casa y el de Delegado inspectorial de Cooperadores.

En esta casa de La Almunia le llegó la hora de la muerte. En Noviembre de 1988 se le extirpó un tumor canceroso de colon. Recuperada la salud, volvió a su actividad normal, que no quiso rebajar en ninguna de sus anteriores responsabilidades: clases de inglés a los estudiantes de Ingeniería Técnica y de F.P., asistencias al Internado, apostolado con la A.M.A., actividades pastorales en nuestra iglesia y en la Parroquia de La Almunia...

Pero al cabo de unos meses comenzaron a aparecer unas molestias en su hombro y brazo derechos. Lo que él creía podía ser un simple dolor reumático resultó ser una metástasis ósea del tumor canceroso extirpado.

Conocido el diagnóstico, el doctor oncólogo le informó claramente de su mal incurable el 12 de Julio de 1989. Esa tarde, a los pies de la Virgen del Pilar, acompañado de algunos familiares y hermanos de la Comunidad, comenzaba a recorrer Adolfo su largo viacrucis, que supo vivir maravillosamente, con dolor resignado y con admirables sentimientos de entrega confiada a la voluntad del Padre.

La Comunidad, que le ha acompañado en su dura enfermedad y que le ha visto morir, ha convivido muchos años con Adolfo (varios hermanos, más de diez años). No nos va a resultar difícil componer el retrato de su personalidad, porque la convivencia ha sido extensa y profunda. Y los casi dos años de enfermedad vividos día a día con él han ido sedimentando y acentuando en nuestra conciencia sus rasgos más valiosos, que pasamos a comentar. Nos vamos a ayudar para ello, además, de la larga correspondencia epistolar mantenida entre Adolfo y sus hermanas religiosas, que ellas han conservado como gran tesoro. Son casi un centenar de cartas que van desde 1949 hasta los años ochenta.

Grano de trigo limpio

Adolfo aparecía, ante todo, como un **buen sacerdote salesiano**, sin vacilaciones ni atisbos de dudas. Ni en sus conversaciones ni en sus escritos aparece

la más ligera sombra de crisis sobre su vocación sacerdotal y salesiana. Su identidad era diáfana, gozosa y hasta proclamada, con sencillez, en cualquier momento o lugar.

En su actividad de enseñante, tanto entre alumnos de F.P. como de Ingeniería, sacaba a relucir *oportune et importune* su condición de salesiano y sacerdote, para dejar caer la *palabrita* educativa sobre los jóvenes, a veces nada dispuestos a escuchar discursos piadosos. «*Además de profesor de inglés, —solía decir— deben darse cuenta de que también soy religioso y sacerdote.*»

Respiraba coherencia de vida, sin conflictos de identidad, tan de moda. De ahí quizás esa impresión que nos ha quedado de su persona, como de hombre sencillo, simple, en su mejor acepción: hombre sin mixtificaciones ni dobleces, que vivía pacífica y serenamente la realidad de su vocación.

Adolfo vivió plenamente su sacerdocio, amante de la liturgia y del canto religioso, fiel al servicio del altar y del confesionario, buen lector de la palabra de Dios y del breviario, cercano a la gente...

El asunto de su vocación sacerdotal y de su trabajo salesiano es tema de referencia constante en sus cartas, desde la primera que se conserva (24-X-49) hasta la última:

«*Pide mucho por mí, que mi sacerdocio se acerca*» (24-XI-49). *Es tan grande la dignidad del sacerdote y comparando por otra parte que es tan escasa mi preparación para tan gran paso*» (17-IV-51). Su buena madre no pudo acudir, por motivos económicos, a su ordenación sacerdotal: «*No sé si tendré la dicha de tener a la madre a mi lado en días tan grandes. Si no puede venir, paciencia, y ofreceré al Señor ese sacrificio por el éxito de mi futuro apostolado sacerdotal*» (16-VI-51). Vibra en sus cartas cuando les cuenta las grandes jornadas del Congreso Eucarístico de Barcelona (1952): «*Me hizo derramar alguna lagrimilla de consuelo, de emoción y de alegría... En mi vida volveré a vivir días de tantas y tan dulces emociones*» (6-VI-1952). Una y otra vez termina sus cartas con el deseo de avanzar en el camino de la propia santificación: «*Todos unidos en el Señor, trabajando por su gloria y el bien de las almas y nuestra propia santificación*» (17-XII-61). «*Que te empeñes de veras en ser santa y que ayudes a éste tu hermano sacerdote a semejarse a nuestro Modelo, Cristo*» (14-VII-1967). «*Que nuestra principal preocupación sea la de nuestra santificación... Pide mucho, mucho por éste tu hermano para que sea más decidido en mi entrega al Señor y no le regatee lo que me pide*» (18-XII-68).

Optimista por naturaleza, gozaba con los triunfos de la Iglesia y de la Congregación. Su gozo era total cuando tomaba conciencia de su vocación salesiana: «*¡Qué felices somos en la vida religiosa! ¿verdad? Y cuántas gracias debemos dar a Dios por habernos traído a este paraíso. ¡A trabajar, hermanita, con*

entusiasmo y tesón en nuestra perfección y en hacer mucho bien a las almas que el Señor y la obediencia nos ha confiado!» (19-XII-60).

El último año de su vida, conocido ya por él el mal incurable que le aquejaba, convirtió su lecho en elocuente púlpito, desde donde dejaba caer la palabra buena y convincente a los hermanos de la Comunidad, familiares y a cuantos continuamente le visitaban. Recuerda su hermana Leonor: «*Con qué devoción rezábamos las Horas y por supuesto la celebración de la Eucaristía. Su vida espiritual se fue fortificando y en mis frecuentes visitas siempre le vi con crecientes deseos de unirse al Señor... Se le iluminaba el rostro cuando le hablaba de mis planes de apostolado. Y qué decir cuando yo le hacía mis confidencias diciéndole lo que Jesucristo representaba para mí... Parece que le estoy viendo en una de mis últimas conversaciones, él en cama y yo junto a él, hablando de esto mismo: —¡Qué alegría me das, hermanita, con todo eso! Seguiré pidiendo por ti y ofreceré mis sufrimientos por todas esas intenciones, para que sea fructuoso el apostolado de nuestros colegios».*

Adolfo esperaba su jubilación para dedicarse más libremente al apostolado sacerdotal, en el confesonario, en la visita a los enfermos... Pero el Señor lo encontró maduro y se lo llevó para ofrecerle los goces de la plena jubilación en su casa. Un hermano se expresaba así en su carta de condolencia: «*Otro salesiano que se nos va; su partida nos llena de pena, pero al mismo tiempo de serenidad y de alegría; porque tanto a Adolfo como a Benjamín (Juaristi) los hemos conocido espiritualmente maduros, y humanamente buenos, buenos, buenos».*

Grano de trigo bueno

Era la expresión más repetida por cuantos nos expresaban su condolencia: «**Don Adolfo era un hombre bueno**». Así ha quedado en el recuerdo de las gentes sencillas de La Almunia, en el alma de sus familiares, de sus hermanos de Comunidad y de cuantos le trajeron:

- Incapaz de hacer mal a nadie.
- Le quería todo el mundo.
- No negaba nunca un favor...

De carácter amable y equilibrado, buscaba siempre la paz y la concordia, nunca las situaciones tensas ni las soluciones extremas.

Su familia lo recuerda gozando sencillamente de sus visitas a Burgos, alegrando con su acordeón y sus cantos las fiestas familiares, siendo el vínculo de unión y el alma de la familia. «*Sentimos un vacío grande que a todos nos cuesta aceptar, recordando sus visitas a la familia en estos días de vacaciones. Su in-*

fluencia ha sido enorme y recordamos sus expresiones: "¡Qué bueno! ¡Qué felicidad!, ¡Bendito sea el Señor por esta reunión familiar!" Recordamos su porte alegre, bondadoso, jovial, condescendiente y pacífico, fomentando la alegría y la unión», escribe una de sus hermanas.

El mismo vacío siente nuestra Comunidad que tenía en Adolfo un indefectible constructor de paz y de armonía, un animador de la alegría comunitaria y un hermano siempre dispuesto a suavizar tensiones. Gozaba con el bien de los demás, descubriendo y resaltando los valores positivos de cada uno. Enemigo de la crítica, se escabullía prudentemente cuando los hermanos *jugaban* a hacerle caer en murmuración... Adolfo no perdía la compostura. Su respuesta era el silencio o la frase prudente: «*Bueno, habría que conocer exactamente si fue así... Tendríamos que conocer las circunstancias...*»

Sus cartas son un florilegio de expresiones siempre positivas: El P. Inspector nuevo es «*joven, dinámico y muy amante de la música*» (17-XII-64). Los trienales «*trabajan con mucho entusiasmo e ilusión; estoy muy contento con ellos*» (29-XI-65). La gama de calificativos es siempre positiva: «*los buenos primos Francisco y Urbana*», «*nuestro buen sobrino*», «*nuestros buenísimos amigos de Orduña*», «*nuestra buena y queridísima madre*». «*Queda mucha gente buena en este mundo, y yo lo voy palpando en muchas ocasiones y también en mis frecuentes auto-stops*» (17-XII-68).

Sufría teniendo que imponer disciplina en clase. Los alumnos más de una vez abusaban de su bondad, pero... los excusaba: «*Este curso no me enfadaré tanto en clase como el año pasado, pues son los alumnos más formalitos*» (22-X-67).

Su sencillez y su limpieza de alma le lleva a gozar de cuantas situaciones agradables le va ofreciendo la vida religiosa. Organizador de excursiones y peregrinaciones, recorrió los principales santuarios marianos con los Cooperadores y la buena gente de La Almunia. Después de la realizada a Fátima, se confiesa así con su hermana: «*Mira por dónde el Señor bueno me va dando oportunidades de conocer estos venerables santuarios y de hacer estos viajes que, te lo digo con franqueza, no me desagradan. Dios ha hecho cosas muy hermosas y conviene conocerlas para conocerle mejor a Él y alabarle en ellas. ¿Pienso bien, hermana? Desde luego que estoy dispuesto a renunciar a ello si a los Superiores les parece conveniente*» (19-XII-66).

Esta sencilla bondad, que afloraba en su porte y en sus palabras, le atrajo el afecto de la gente. Le querían todos. Él mismo lo pudo comprobar en su enfermedad. Era continuo el afluir de la gente para visitarle, hacerle compañía y llevarle pequeños obsequios. Agradecía efusivamente las visitas («*¡Gracias, muchísimas gracias!*») y dejaba caer siempre una buena palabra.

Cuando se trató de hacerle un homenaje, con ocasión de la fiesta de San Juan Bosco, costeando por suscripción popular un órgano para la Iglesia de M.^a Auxiliadora, la respuesta fue impresionante: en una semana se recaudó la cantidad requerida. La fiesta de presentación e inauguración del órgano litúrgico fue una apoteosis de afecto hacia el buen sacerdote que, sin hacer grandes cosas, se había ganado el aprecio y cariño de la gente, gracias a su afabilidad, a los pequeños servicios pastorales, al saludo cercano, a las visitas a enfermos y moribundos, a su labor de propagandista de la devoción a M.^a Auxiliadora, a su presencia en las fiestas parroquiales o familiares, que alegraba haciendo sonar magistralmente el órgano o el acordeón, al saber estar siempre y con todos como sacerdote sencillo y bueno.

«*Se nos ha ido al cielo* —podríamos resumir con palabras de otro hermano— *un salesiano lleno de bondad, reflejo de su caridad y de un salesianismo bien asimilado*».

Grano de trigo triturado por el dolor

El Señor le tenía reservado un final de vida doloroso. El cáncer, que le iba comiendo poco a poco el hueso, debía de producirle, a juicio de los médicos, enormes dolores. Todo lo soportó con admirable entereza. Cuando le comentábamos lo mucho que debía estar sufriendo, contestaba: —«*No tanto; hay mucha gente que pide por mí, y el Señor me está concediendo la gracia de que los dolores no sean tan fuertes como decían*».

Las punzadas agudas que le producía el cáncer le arrancaban inevitables ayes que él, para restarles importancia, solía rematar con sonrientes «*olés*» o cantando el «*ay, ay... canta y no llores*».

A pesar de ser sabedor de su mal incurable, no quiso enturbiar los momentos festivos de la comunidad. Celebró con alegría su onomástico, la fiesta de la Inmaculada, la Navidad, la festividad de la Epifanía cuando todos los hermanos fuimos en cabalgata hasta su lecho para *echarle los reyes*, la fiesta de D. Bosco, la Pascua, la de M.^a Auxiliadora... La última vez que se levantó fue para asomarse a la ventana a contemplar la procesión de la Virgen.

Sacaba la fuerza de su honda espiritualidad. El *Hágase tu voluntad* era su joculatoria preferida y el final más frecuente de sus conversaciones. Ya en sus últimos días, deseaba que llegase pronto el final.

—*¿Cuándo querrá el Señor llevarme con Él?*

—*En sus manos estamos, Adolfo*, le dije. Y rápidamente me cortó:

—¡Eso no lo dudo! ¡Hágase su voluntad!

Su madre y su madrina tuvieron una muerte casi repentina. Últimamente dialogaba con ellas:

—Vosotras lo hicisteis bien: os fuisteis deprisa y sin causar molestias. Pero este pobre cura... Dios tiene otros planes sobre él. ¡Hágase su voluntad!

«Me pongo en manos de Dios para lo que Él quiera de mí. Hágase su voluntad. Él me dará fuerzas para aceptar con valentía, con amor y alegría todo lo que venga sobre mí», había dicho en su homilía a la Comunidad de Jesuitinas de Burgos, poco antes de ponerse en manos de los médicos, presintiendo ya los acontecimientos.

Esta aceptación serena y casi gozosa del doloroso cáliz que hubo de beber, gota a gota, fue su última gran lección. Es sin duda el tesoro que Adolfo nos ha dejado a los hermanos de la Comunidad y a cuantos le han acompañado en su lento calvario. Y es también el pensamiento más repetido en los testimonios que hemos recibido:

Las Hermanas Carmelitas de la Clínica de Montpellier de Zaragoza que lo atendieron escriben: «*El Padre Adolfo ha dejado una huella de paz, serenidad y de abandono al querer de Dios... Recuerdo con afecto a Don Adolfo como modelo de paz ante su enfermedad*».

Los Hermanos de la Inspectoría escriben: «*Nos deja un ejemplo estimulante por su entereza y valentía en el lecho del dolor... Estamos conmovidos por su entrega cristiana y total oblación del querido Don Adolfo... Su ejemplar aceptación del dolor nos ayuda a seguir en nuestro caminar*».

De todo ello surge nuestra acción de gracias al Señor, como se expresa su hermana Anuncia: «*El Señor me concedió la gracia de seguir paso a paso el final terreno de mi hermano. Sí, le he visto sufrir mucho... Entonces bendije a Dios porque veía a mi hermano "sacerdote" y "víctima" sobre el altar del lecho del dolor*».

Grano de trigo maduro

Por fin le llegó el día que él tanto había anhelado. En sus cartas comenta con frecuencia a sus hermanas el día en que todos llegarán a juntarse en el cielo: «*Ella (su madre) ya goza del Él y nos espera. Juntos ya en la casa del Padre nuestros queridos papás esperan la llegada de sus hijos todavía en camino. Yo no dudo que nos reuniremos todos y recordaremos junto al Señor tantos momentos felices pasados aquí en la tierra*» (2-VIII-69).

Dios le concedió poder preparar este paso con todo esmero.

El día 4 de Junio recibió el Sacramento de la Unción de los Enfermos, con plena conciencia, rodeado de todos los hermanos de la comunidad, algunos alumnos y numerosos miembros de su familia. Quiso Adolfo iniciar el acto pidiendo públicamente perdón a Dios, a su familia, a la Comunidad y a los alumnos. Se le impartió el Sacramento en el marco de una emotiva celebración que concluyó con la recepción fervorosa del Santo Viático. Hubo cantos, Palabra de Dios, plegarias y alguna lágrima en los ojos de algunos asistentes. Él se mostró entero y profundamente espiritual.

Murió, cuarenta días después, tras larga y tranquila agonía, prolongada durante varias horas. A las 2 de la madrugada del día 15 de Julio, la Sierva de Jesús que le estaba velando nos advirtió del agravamiento de la situación. Acudimos los hermanos de la comunidad y sus dos hermanas religiosas. Y a las cuatro en punto de la mañana, rodeado de los que Adolfo más amaba, entre oraciones y cánticos, entregaba su alma al Señor.

Conocida la noticia en el pueblo y comarca de La Almunia, no cesó la gente de acudir a contemplarle por última vez y a rezar ante su cadáver, expuesto en la capilla de nuestro colegio.

Antes de trasladar el cadáver a la parroquia para el funeral, se le tributó una emotiva despedida ante la imagen de M.^a Auxiliadora, por cuya devoción tanto había trabajado.

El funeral, con el templo parroquial abarrotado de fieles, fue presidido por el P. Inspector, D. Cándido Orduna, acompañado del Vicario episcopal, de D. Miguel Asurmendi (Exinspector y nominado Obispo de Tarazona), del Director de la Casa, de los párrocos de los pueblos vecinos y numerosos salesianos.

Su cadáver reposa en el panteón de los fundadores del colegio, en el cementerio de La Almunia, cuyas gentes lo consideran como uno más de los suyos y lo tienen ya como seguro protector.

Días después, la Comunidad se trasladó hasta Burgos para, junto con la familia, celebrar un solemne funeral en la parroquia de S. Nicolás, al que asistieron también los hermanos de la Comunidad Salesiana de la capital burgalesa.

En torno al hermano enfermo se han agrupado numerosas personas que han dado muestras de exquisita caridad. A ellas queremos manifestar nuestra gratitud:

—En primer lugar, a la familia de Adolfo, unida en todo momento en torno al hermano, a quien rodearon de afecto, y cuya muerte han aceptado tan cristianamente. Sus hermanas religiosas, Leonor y Anuncia, así como el matrimonio de su hermano mayor Taciano, han vivido más estrechamente con nosotros la experiencia de la enfermedad y muerte de Adolfo y nos han ayudado a profundizar

en los valores cristianos de esos acontecimientos.

—Adolfo, con su talante bondadoso y su ejemplo de paz, facilitó la labor de sus cuidadores. Pero lo prolongado de su enfermedad ayudó a poner en evidencia el buen hacer de cuantos le atendieron. Nuestro agradecimiento sobre todo a M.^a Angeles Ferrer, la Doctora de La Almunia; a Félix, el practicante; a Antonio Ríos; a Miguel, el fiel enfermero; a las Hermanas de la Clínica de Montpellier, a las Siervas de Jesús; y a Rosario, Alegría y Amparo, las buenas señoras del colegio que le atendieron con cariño y delicadeza.

—A los hermanos de la Comunidad salesiana de Zaragoza, que le acogieron con tanto afecto durante una larga temporada, y a la buena gente que durante meses le rodearon de afecto, visitándole, transmitiéndole alegría y llenando de compañía cercana sus largas horas de dolor.

...Ya ha dado su fruto

El grano de trigo, de buena ley, hecho rica harina en su entrega a los demás, enterrado en el campo educativo y en el ministerio sacerdotal, triturado por el dolor y madurado pacientemente para el gozo eterno, ha producido ya en vida los primeros frutos entre nosotros con su coherencia de vida, con su ejemplo de bondad y de paz, con su serena aceptación del dolor y de la muerte.

Podemos asegurar que su testimonio ha dado ya frutos ciertos y abundantes: en la Comunidad, en sus familiares y en tanta gente se ha purificado el amor, se ha fortalecido el sentido de fe, se ha hecho más real la esperanza...

Por todo ello elevamos nuestra gratitud al Señor y os manifestamos nuestra confianza de que Él le haya abierto ya la puerta de su casa.

Sinfonía acabada

Al cerrarse la última página de su vida y mirarla en su conjunto, nos aparece como una hermosa sinfonía, llena de armonía, dedicada a la alabanza al Señor y a propagar la bondad entre los hermanos. Ése fue el tema en el que se inspiró el autor del poema «*Sinfonía acabada*» que Leonor leyó en el funeral y que reproducimos aquí como último homenaje al hermano desaparecido.

Nos queda resonando
la música bien hecha de su vida
al irse de nosotros,
abierta ya su alma a otra armonía.

Entre nosotros queda,
acordada con técnica exquisita,
entera y acabada,
la partitura de su sinfonía.

La va atravesando, *da capo a fine*,
mil veces repetida,
una línea melódica constante
hecha de amor y de sonrisa.
En todos los tonos,
nos iba desgranando, día a día,
apenas sin variantes,
siempre fiel a sí misma,
la sencilla canción de la bondad,
en limpia sintonía
con su corazón, con su fe
y con su vida.

Sin desafinaciones ni estridencias,
sin dar cabida
a la violencia del *fortissimo*,
ganando la partida
al descompuesto ritmo
la suave y cadenciosa melodía.

Andante ma non troppo,
sin violentar los tiempos ni las prisas,
buscando la belleza
no en deslumbrantes cimas,
ni en los estruendos plenos
que buscan los aplausos y los vivas...,
sino en armar la obra
con la sólida robustez medida
heredada en el alma por la sangre
de su vieja Castilla.

Tal fue su partitura:
clásica y comedida
y fiel a la observancia de la regla,
por norma y convicción bien asumidas.

Sólo al fin se desmesuró su genio
para dejar escrita
esa página enorme,
composta en sangre y de dolor transida,
por él interpretada
en clave de paz, de paciencia y de alegría.

* * *

Rastreando los ecos
de esa maravilla,
seguiremos la estela
de tu pentagrama, hasta ese día
en que volvamos a cantar, Adolfo,
en la misma compañía,
al ritmo que nos marque tu batuta,
maestro, allá arriba.

F. R. G.

Os pedimos una oración por su alma y por esta Comunidad, que gozó de su
compañía en vida y que tuvo el privilegio de ser testigo de su santa muerte. Aff-
mos. en Don Bosco

Fernando Rúa García
Comunidad Salesiana de La Almunia

Datos para el necrologio:

Sacerdote **ADOLFO RODRÍGUEZ VARONA**

Nació en Tapia de Villadiego (Burgos) el 29 de Agosto de 1924.

Murió en La Almunia de D.ª Godina (Zaragoza) el 15 de Julio de 1990,
a los 65 años de edad, 49 de profesión y 39 de sacerdocio.